

cina, recordaban los instantes inolvidables de la toma del Bastión de los privilegios, pero sin que sonriese por ninguna parte las esperanzas de entonces, las extintas al soplo de la política regia, ni se viera el éter de lo ideal, cuyos resplandores iban apagándose poco á poco en los recientes y tremendos desengaños. Aquella multitud parecía un pueblo entero trasladándose de una ciudad á otra ciudad, como las célebres emigraciones antiguas, en que una raza huía de sus dominios, y se iba con la mayor facilidad á nuevos y desconocidos espacios. La presencia de niños, mujeres, ancianos, unos enfermos y otros robustísimos, todos agitados; la diferencia y diversidad de trajes, que iban desde los vuelos del petimetre, hasta los andrajos del mendigo; las escuálidas madres con sus criaturas en los brazos, ó cogidas á sus faldas; el borracho dormido en las aceras á quien despertara la frescura del matinal ambiente; los jugadores que acababan de perder sus dineros y aumentar sus deudas en los garitos; la infeliz prostituta de ojeras amarradas por el insomnio y por la fiebre; los pordioseros buscando alguna piltrafa y los criminales apercebidos á ejercer sus maldades en aquella natural impunidad, uníanse á las huestes organizadas en la tremenda conjura, todas dirigidas por muñidores de ocasión, tribunales de plazuela, conjurados de oficio, manifestantes habitadísimos á cuantas manifestaciones se hacían y que iban á ellas por máquinas del hábito, como los viejos devotos á todas las procesiones, surgiendo la creencia de aquellos extrañísimos seres que se aprestaban á una especie de atávico desquite secular, tomado por los vasallos y por los siervos de sus amos, como aquel que tomaban los gladiadores de sus Césares cuando volvían, los inmolados en las arenas, como si resucitaran todos, volvían á una con sus hijos, con los bárbaros, á tomar venganza de Roma, dando aullidos de fieras, y extendiendo furias de exterminadores. Y si esto decimos de las muchedumbres, no digamos nada de las fórmulas y de las enseñas. Banderolas, mugrientas unas, otras rasgadas, estas vistosísimas, aquellas sombrías y oscuras, ondeando á vientecillo estival muy tibio, recordaban estas aves quiméricas puestas por los pintores medioevales en los cuadros que representaban tentaciones de santos como las de San Antonio en la soledad ó los ingresos en el abismo infernal como los pintados por Jerónimo del Bosco. Unas inscripciones pedían la sanción de los decretos suspensivos, otras el llamamiento de los ministros patriotas; éstas amenazaban al trono con un castigo ejemplar, aquellos conjuraban el pueblo un alzamiento en armas; el fatídico nombre veto, cuyo ejercicio había de costar á los Reyes la cabeza, campeaba por todos lados, como una especie de bólido; las invocaciones á las linternas convertidas en horcas añadían horror á los horrores evocados por el voto; y las aclamaciones fragorosas con que saludaban tales remembranzas y consignas los jefes de las muchedumbres anónimas, y dispuestas á cualquier atentado, infundían recelos fundadísimos de que perecieran en tal mañana horrible, no sólo el Monarca y la Monarquía por un atentado, París y el pueblo de París entero por un suicidio. Tal vibración de armas, increíble aquelarre de pasiones

locas, gritos de muerte siniestros, movimiento de grupos agitadísimos, suma de tumultos y motines, aproximándose al recinto de la representación popular, que debiera ser sagrado é inefable al pueblo, conmovieran de tal manera suelo y aire, que debía temer el Congreso, al sentir los anuncios de aquella tempestad, las ráfagas de aquel huracán, los estremecimientos de aquel terremoto, las amenazas de aquella peste, los relampagueos de aquella insurrección, las aproximaciones de aquel apocalíptico exterminio, se le viniera sobre su cabeza la máquina celeste.

Los cabezas, ó cabecillas, de aquella legión mostraban, bajo un aspecto, los vicios todos de la sociedad que había concluido, y bajo varios otros aspectos, las inexperiencias y los dolores de la sociedad que iba comenzando. Atraía entre todos ellos y sobre todos ellos la general atención, el noble dimisionario Saint-Huruge, convertido en agitador y demagogo. Su cabeza campeaba sobre todas las cabezas como un trofeo; su voz resonaba sobre todas las voces como el trueno de las nubes sobre las olas embravecidas. Lo gigantesco de su estatura y lo estentóreo de su garganta, parecían milagrosas al pueblo, siempre necesitado de lo sobrenatural para explicarse los propios naturales afectos. Pero su historia lo explica todo. Era un hombre de antiguo mundo, lanzado al nuevo por la desgracia y por la deshonra. Perteneciente á la nobleza feudal de Maçon; riquísimo potentado de nacimiento; el ocio en las campiñas dilatadas bajo el imperio de sus torres señoriales no concordaba con las propensiones al placer arraigadas en su complexión fisiológica y con las propensiones al trato de sociedad y á la comunicación de su ingenio arraigadas en su complexión psíquica; y así corrió de capital en capital europea tras la emoción generada por el vicio, repartiendo entre salones de masonería y de magnetismo su alma, y entre burdeles y garitos pedazos del corazón y dineros del bolsillo. Un día se halló con una mujer infame, la cual supo engañarle hasta conducirlo á una legítima boda y hacerle su marido ante Dios y los hombres. Tal matrimonio, celebrado en Bruselas, debió trasladarse á París, porque la señora del patricio mantenía relaciones ilícitas con un ministro, quien hacía todo cuanto le demandaba su gusto en aquel bárbaro y criminal régimen antiguo de que la revolución francesa nos ha redimido; y haciendo todo cuanto le demandaba su gusto, creía encontrar un goce más en que las antiguas relaciones libérrimas entre su manceba y él tomasen carácter de adúlteras y mantuviese con esplendor á la querida el engañado marido. Poco había de tardar éste, por necesidad, en descubrir el adulterio con escándalo: que no pueden los amores ilícitos con facilidad recatarse y encubrirse á los ojos de un marido avisado, y menos viendo este marido en una sociedad como la cortesana del antiguo régimen absoluto, donde los escándalos diarios hacían que nada pudiera estar allí recatado y oculto. En cuanto supo su desgracia y su deshonra, quiso el ofendido Saint-Huruge matar á la esposa engañadora y al ministro criminal. Pero mujer y ministro apelaron á las armas del antiguo régimen y pidiendo una carta conocida con el nombre de cachet, encerraron al cuitado, no en la



Bastilla, como dice Lamartine, en un horrible manicomio. Imposible medir toda la perversidad del criminal acto, y aunque no tuviera otros achaques el antiguo régimen, bastaría con éste para execrarlo y aborrecerlo. Imagináos el poder público, fundado para proteger y amparar los derechos del ciudadano, no ya cómplice, no ya encubridor, agente de crímenes castigados por la legislación y por la moral de todos los pueblos, el adulterio, el secuestro, el robo, el asesinato. Y digo el asesinato, porque hicieron más que asesinar al desgraciado Saint-Huruge cuando lo deshonraron públicamente, y deshonrado, lo recluyeron en un manicomio. Verse desde las alturas del amor satisfecho legítimo, precipitado en los abismos del deshonor y de la vergüenza; trocar el reposo y la felicidad de una casa tranquila por el infierno de los celos fundados y rabiosos; saber le ha faltado la mujer á quien ha ofrecido su nombre y su vida, para encontrarse con que al infligir el necesario castigo á maldades así, un Estado y un gobierno, peores que todos los malvados de su reino juntos, preservan los criminales del castigo justo con una inviolabilidad casi religiosa; y al infeliz víctima de aquellos criminales, en vez de protegerle cuando pide justicia, lo arrancan de su hogar; lo despojan de sus propiedades entregadas á los ladrones, que lo han saqueado; le quitan la libertad del alma y del cuerpo como si le arrancasen la vista del rostro y la sustancia del alma; lo encierran cuerdo entre locos para que allí en el manicomio enloqueciera y muriera entre los arrebatos de la demencia contagiosa y de la desesperación subsiguiente: probar todas estas amarguras conduce á donde fué Saint-Huruge, después que la revolución lo saca de su encierro, conduce á una cruenta venganza; puesto que se parecía el absolutismo en sus últimas horas á la torre de Pisa, donde arzobispos, feudales, nobles en guerra, todos los representantes de aquellas instituciones infames llevaban sus cóleras al punto de hacer que sus enemigos, encerrados en hondos abismos, sin pan, sin agua, tuvieran que comerse las carnes y que beberse la sangre de sus propios hijos. Si un hombre de alta sociedad sufrió esto, ¿qué no sufrirían aquellas muchedumbres obscuras, innominadas, anónimas? La presencia de Saint-Huruge en la manifestación estaba justificadísima.

Luego venía tras Saint-Huruge la Mirecourt, víctima también del antiguo régimen y contra el antiguo régimen revolviéndose rabiosa. Hermosísima por todo extremo de suyo, á esta hermosura del cuerpo se unía cierta flojedad de seso que le sugería verdaderas locuras. Nervios desarreglados ya desde la primera juventud, y puestos en contacto con la electricidad y el magnetismo revolucionario, debían romperse como las cuerdas de un arpa demasiado tirantes. En la revolución habían vuelto las amazonas vencidas por Aquiles y pagadas durante los siglos prehistóricos de un despotismo, el cual solamente se conjuró con tenaces y continuos esfuerzos de muchas generaciones, á quienes costó combates y sacrificios sin medida sustituir el matriarcado por el patriarcado, como nos costara también á nosotros sustituir la monarquía tradicional con la monarquía parlamentaria. Reinas de

lós salones literarios en toda la centuria, pasaron luego á reinas de los salones políticos. Y las que, por su condición, por su oficio, por su vida y costumbres, no podían reinar en los salones, reinaban en los clubs. Así la Mirecourt. El club jacobino se asemejaba mucho á la orden jesuítica, y no gustaba de predicadoras, como la Orden jesuítica no gustaba de monjas; pero en el club franciscano, más expansivo, entraban estas afluentes tribunas, y eran loadas en letanías de requiebros sin fin, y recibidas, según Camilo, como diz que recibió Salomón, rey de Jerusalén, á la reina de Saba. Engendrada por labradores ricos y crecida en la mayor abundancia, contaba entre los vecinos de su pueblo señores feudales varios, muy extendidos entonces desde las bocas del Rhin hasta sus fuentes. Y un joven de los feudales, cautivado por su hermosura, la sedujo, con palabra de casamiento, y después de seducida, la dejó á la saciedad de los sentidos sin cumplirle la palabra, y por ende sin casarse con ella. Desde aquel punto consagró su existencia por completo á la revolución, y para servirla mejor, se prostituyó en todas las prostituciones imaginables, semejándose á las cortesanas antiguas, que ofrecían en los templos el precio de sus favores á las divinidades asiáticas. Como la revolución es un poema, compuesto de innumerables dramas y tragedias, la Mirecourt dió con su amado en los días del terror; y mandó lo mataran, aunque le pidió de rodillas el perdón y le ofreció de nuevo consagrar á su amor la vida toda. El abandono de la muchacha por el patricio costóle á ella el honor; y costóle á él la vida. ¿Cuántos de estos dramas contribuyeron y cooperaron al problema terrible de la revolución francesa? La Mirecourt, á los ojos del pueblo, exaltado con el recuerdo de aquella toma de la Bastilla, donde, arma en mano, estuvo entre ráfagas de combates y asedios; principal autora del ingreso de la monarquía y de la corte versallesa en París, donde verdaderamente comenzó la pasión y muerte de Luis XVI, no podía faltar al tremendo acto de Junio; y así vestida de rojo, cubierta de fieltro, rematado por multicolor plumaje; en un lado el sable del honor que le regalaran los vencedores de la Bastilla, en el cinto sus dos pistolas; hablando con una elocuencia verdaderamente popular; y jinete á horcajadas, lo mismo sobre los caballos que sobre los cañones, conjuraba con mágicos y fascinadores conjuros el pueblo todo á que abriera de nuevo la revolución, pues la fascinaba, como fascina al ave la serpiente que ha de matarla.

Otro de los grandes muñidores se llamaba Lazowski. Á éste lo retrata de mano maestra Madame Rolland en sus «Memorias». Era polonés de origen, y, como la mayor parte de los poloneses, habíase consagrado á los lances de una política, del todo aventurera. Europa dejó inmolar á Polonia, y Polonia se vengó mandando revolucionarios, y revolucionarios exagerados, á los cuatro puntos cardinales del aire. Hacía bien Polonia; el crimen cometido con ella no tenía excusa ni perdón. El duque de Liancourt, con el cual trabó grande amistad en tiempo de la Monarquía, le nombró, hizo que le nombraran, inspector de manufacturas. Plaza de pocos emolumentos, provista por el Consejo real, á propuesta del